

RESEÑA DEL LIBRO
LA MENTALIDAD ANTICAPITALISTA
(Ludwig von Mises,
Unión Editorial, 4.^a ed., 2011)

FERNANDO G. JAÉN COLL*

Vaya por delante que es gozosa su lectura y pulquérrima su edición; lo primero es mérito del autor, y lo segundo se debe a los cuidados de la casa editorial, y aún hay más: a ser libro bien escrito, con ideas nítidas bien argumentadas, editado sin erratas y bien encuadernado, se añade un esmerada traducción de Juan Marcos de la Fuente, lo que en junto es puro almíbar para quienes amamos el conocimiento y los libros. Ensayo breve y singular, de 108 páginas, cuya publicación inicial data de 1956, con afirmaciones taxativas y polémicas en grado sumo frente al pensamiento acomodaticio de los más. De verbo firme, arrojado, a veces desenfrenado, sin sujetarse a la prueba empírica como escupitajo que excogita el cerebro irritado por la superficialidad intelectual del otro, es libro de exaltación del capitalismo hasta su glorificación que hay que leer con ciertas precauciones. ¡Ay!, que es un capitalismo deseado, deseable tal vez, pero no es el capitalismo que rige nuestros días: sistema impuro, mixto, distanciado del libre mercado por más que se simule lo contrario —como en el caso del sector eléctrico, puro trampantojo de mercado en competencia, de cuya imposibilidad bien padecen los consumidores—. No hay ni puede haber competencia cuando el propio desarrollo económico ha creado un subsistema de planificación —en el que los intereses de la burocracia política son simbióticos con los de las grandes empresas— junto a un subsistema de mercado —en el que la

* Profesor Titular del Departamento de Economía y Empresa de la Universidad de Vic.

competencia rige desvirtuada por las imposiciones e imperativos del otro subsistema con el que coexiste, como describió magistralmente John Kenneth Galbraith, defensor del capitalismo como evidencia perdurable y reformable—.

Von Mises dice verdades difíciles de soslayar, levantando el velo de la vergüenza en reconocer el comportamiento humano tal y como es y no como quisiéramos que fuera —comparable a lo que hiciera en otro ámbito y época Sigmund Freud—, deduciendo lo esperable de la acción humana en el dominio económico. Áspera crítica del comunismo y de su subterfugio, el socialismo; más aún, del intervencionismo en general, sin por ello negar el necesario aparato coercitivo garante de una convivencia pacífica y libre.

Con razón a rebosar, él nos hace observar que el capitalismo emancipó a los siervos, de las fauces señoriales; destaca adecuadamente algunas virtudes del capitalismo, pero una cosa son los inicios de la competencia y otra la que se puede dar cuando muchos mercados están maduros y en algunos ya se ha despachado prácticamente toda competencia. Es apreciación insuficiente decir que «La esencia del capitalismo radica —una y otra vez lo hemos dicho— en ser un sistema de producción en masa para la satisfacción de las necesidades de la masa.» (p. 53). Sólo si lo tomamos en un sentido maximizador puede escurrir el bulto de la comparación con el comunismo, que también lo pretendía. El capitalismo es más que un sistema de producción y no podemos escamotear el asunto de la propiedad individual, propia y deseable bajo el capitalismo, negada y execrable en el comunismo. Más aún, ¿qué dirían Marx y Mises de una sociedad basada en el *leasing* y el *renting*? ¿Dependería su calificación de capitalista o comunista en función de la propiedad última de los bienes o de su producción bastante? ¿Es el capitalismo de Mises un modelo ideal que nunca existió o estamos viviéndolo actualmente o, aún, pasamos por él y, por ende, nos obliga a preguntarnos cómo nos condujo al otro lado, a su negación intervencionista? Mises no se refiere a un modelo teórico, sino a la realidad. La realidad actual no es la que reivindica Mises como capitalismo, pues la ataca por intervenida; así pues, quedaría por explicar el paso desde el capitalismo inicial (referente de Mises) a la organización económica actual y cómo retornar a aquélla (que es lo que implícitamente defiende

Mises) a partir de una economía dominada por enormes, casi monopolísticas poderosas firmas mundiales, y que, aunque los efectos del retorno sean deseables, volveríamos a las andadas. Con todo, el combate por la libertad, y dentro de esta la de mercado, es de una necesidad acuciante.

La crítica de Mises es incompleta, cierto, pero viene bien para contrarrestar el influjo socializante que hemos tenido durante un siglo, que condujo a enaltecer un tipo ideal: el trabajador proletario, sin atender a sus defectos, a sus vulgaridades e ignorancia, en tanto «El capitalismo “desproletariza” a los trabajadores, “aburguesándolos” a base de bienes y servicios.» (p. 15). No debemos olvidar que su experiencia vital le empujó del socialismo hacia el capitalismo como ideal a defender, lo cual tiene sus ventajas —el conocimiento de las ideas marxistas y leninistas— e inconvenientes —la tendencia a extremar los argumentos críticos—. Lamentablemente, muchas de sus argumentaciones producirán antes escozor que meditación y yo sugiero a comunistas, marxistas e intervencionistas, antes que una reacción desairada, que se apliquen al análisis y refutación.

La concepción de la naturaleza humana de Mises se basa en que «en cuanto satisface cualquier deseo, le asaltan nuevas apetencias. [...] Conformarse con lo poseído, absteniéndose apáticamente de toda mejora, no es virtud, sino más bien actitud propia de irracionales. Lo característicamente humano consiste en no cejar nunca por aumentar el propio bienestar.» (p. 17). Obsérvese la diferencia entre «nuevas apetencias» y «aumentar el propio bienestar», que nos mete de cabeza en el debate sobre el decrecimiento y en si el aumento del consumo a partir de un cierto nivel (¿cuál?, preguntaríamos, siguiendo a Mises, y cada quien tendría su respuesta) produce bienestar. Al tiempo, reconoce algunas restricciones en la actuación económica del hombre: la propia fisiología humana y la natural escasez de los bienes económicos, añadiendo un matiz precautorio: «La realidad restringe, en este planeta, las posibilidades de sus habitantes.» (p. 16). Si contásemos con otros planetas, la cosa cambiaría. Más adelante (p. 85) afirmará que «ni el capital (ni los bienes de capital) ni la actuación de empresarios y ahorradores bastan para elevar el nivel de vida de las masas, *si éstas no se comportan correctamente en cuanto al control de la natalidad.*»

(la cursiva es mía, y los defensores del decrecimiento debieran tenerla presente).

Particularmente incisivo (cruel, dirán quizás algunos lectores) se muestra Mises al dar las razones psicológicas de aquellos que vilipendian el capitalismo (capítulo 1), cebándose en el resentimiento (cuidado con precipitarse en la crítica despreciativa por usar de este concepto, que no es patrimonio de «derechistas» o conservadores, que un historiador, tan ajeno a esa corriente de pensamiento, como es Marc Ferro, lo ha utilizado para vertebrar uno de sus últimos libros, *El resentimiento en la historia*. Ediciones Cátedra, 2009. Véase mi comentario en SYN@PSIS n.º 42 sep-oct 2009). El hombre de la calle, los intelectuales (usamericanos incluidos), los empleados de oficina, los parientes, y hasta los artistas y la industria de *Broadway* y *Hoollywood* odian el capitalismo por razones del quiero y no puedo o del a ver si luego no podré. Hay que atender a esas razones de resentidos, es saludable meditarlas de la mano de Mises, incluso si nos parecen extremas, lo que hay que dilucidar es si son verdaderas o plausibles.

En su elogio del capitalismo, Mises no pretende elucubrar con sentimientos apriorísticos de pertenencia a una clase social cualesquiera, da por evidente el bienestar alcanzado por la gente tras dos siglos de capitalismo y lo contrapone también al comunismo. Sólo la ignorancia de la ciencia económica puede cegar a quien vive un presente de riqueza relativa muy superior gracias a los aumentos de productividad, y no quiera el lego atribuirlo al factor trabajo, que sin las nuevas máquinas y herramientas no se hubiera producido y a igualdad de número de trabajadores en la edad media y bajo el capitalismo, la producción mediante maquinaria multiplica enormemente la producción y no cabe argüir la formación o pericia de los trabajadores, que antaño la tenían mayor (p. 44). Es el capitalista, con su ahorro (al que le corresponde por ello la retribución con el interés) y el empresario (a quien corresponde la ganancia o beneficio si tiene éxito), aquel que sabe emplear el capital y conducirlo a satisfacer las necesidades de los consumidores, quienes facilitan el incremento de productividad (p. 85). No analiza Mises el papel del directivo ni de lo que en Galbraith es la *tecnoestructura* de la empresa en *El Nuevo Estado Industrial* y el lector deberá salvar la ausencia.

La sociedad occidental se fraguó en la lucha continua por la libertad individual, que «Orientales y occidentales se diferencian fundamentalmente en que aquéllos jamás buscaron ni realmente amaron la libertad individual.» (p. 90). En el capítulo que dedica al análisis de la literatura bajo el capitalismo, afirma la importancia de la libertad de prensa «Pero sólo allí donde hay propiedad privada de los medios de producción puede haber prensa libre.» (p. 59); queda por demostrar el que además de poder haberla, la haya efectivamente, pues la autocensura es mecanismo sibilino. «La lucha por la libertad exige la fiscalización de quienes tienen a su cargo la paz pública; hay que imponer trabas legales a las autoridades y a sus agentes. La libertad individual, en su aspecto político, significa seguridad contra la actuación arbitraria de quienes dirigen el aparato represivo estatal.» (p. 90), es algo que necesitamos, que deseamos y que nos conviene, y que Ludwig von Mises defendió.